

AUTORA DE *SPQR*

# MARY BEARD



EMPERADOR  
DE ROMA

CRÍTICA

Mary Beard

# Emperador de Roma

Gobernar el Imperio romano



Traducción castellana de  
Silvia Furió

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2023

*Emperador de Roma. Gobernar el Imperio romano*  
Mary Beard

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Emperor of Rome. Ruling the Ancient Roman World*

© Mary Beard Publications, 2023

© de la traducción, Silvia Furió, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-582-1  
Depósito legal: B. 13.224-2023  
2023. Impreso y encuadernado en España por Rotoprint



## Capítulo 1

# Gobierno de un solo hombre: conceptos básicos

### *Descripción del puesto de emperador*

El 1 de septiembre del año 100 e. c., más o menos un siglo antes del reinado de Heliogábalo, Cayo Plinio Segundo se puso en pie para ofrecer al Senado un extravagante discurso de agradecimiento al emperador Trajano. El Senado, que era una de las instituciones políticas más antiguas y prestigiosas de Roma, ahora se había convertido en consejo, tribunal de justicia y mentidero de unos seiscientos senadores, entre ellos el emperador y otras destacadas figuras políticas. Era un grupo heterogéneo de la élite rica de Roma que incluía tanto a lacayos como a descontentos, y tanto a la vieja aristocracia como a los nuevos ricos.

Plinio, como hoy solemos llamarlo para abreviar, era un administrador quisquilloso cuyos despachos a la capital desde su puesto en el mar Negro todavía podemos leer (pp. 259-263). Era también un abogado rico y muy solicitado, y a él le debemos el único testimonio directo conservado de la erupción del Vesubio en el año 79 e. c., que con diecisiete años pudo contemplar desde una distancia segura. En esta ocasión, en el año 100, había sido elegido para ocupar el puesto, durante septiembre y octubre, de uno de los dos cónsules. En otros tiempos, este puesto había sido uno de los cargos electos más importantes del Estado roma-

no, y en aquellos momentos todavía conllevaba una enorme distinción, aunque para entonces no la concedía el público votante, sino, en la práctica, el propio emperador. Por este motivo, se había asentado la costumbre de que los nuevos cónsules expresaran su agradecimiento al emperador en un discurso frente al Senado reunido. Plinio subió al estrado y se situó de pie junto al otro cónsul y al propio Trajano, en la ostentosa «casa del Senado», específicamente construida por Julio César en el corazón de Roma a conveniencia del emperador, cuyo principal palacio imperial se encontraba a unos escasos diez minutos de trayecto en litera.

Estas expresiones de agradecimiento raramente eran más que una rutina obligada y aburrida. Incluso el propio Plinio reconoció que dichos discursos suscitaban poco interés, y que el emperador se veía obligado a escuchar un montón de parlamentos parecidos. Unos pocos años antes, en el 97 e. c., uno de estos discursos consiguió cierta desafortunada notoriedad cuando un cónsul octogenario murió a causa de las heridas sufridas mientras lo preparaba: se le había caído el grueso libro que estaba consultando, se inclinó para recogerlo y sufrió un accidente que sigue siendo muy común hoy día: resbaló en el suelo pulido, se rompió la cadera y nunca se recuperó. El discurso de Plinio obtuvo una clase de fama bien distinta, ya que, tras pronunciarlo en el Senado (donde la afluencia debió de ser escasa en el mes de vacaciones de septiembre), lo repitió varias veces ante sus amigos y lo leyó en voz alta en tres sesiones de recitales privados durante tres días sucesivos (esto no era el ejercicio de vanidad que hoy podría parecer, sino una forma de entretenimiento habitual entre la aristocracia romana). El propio Plinio lo plasmó por escrito y lo hizo circular como ejemplo de oratoria pública, y así nos ha llegado bajo el título de *Panegírico*. Esperemos que sea la versión ampliada del original pronunciado ante el emperador y el Senado. Lo que ahora podemos leer, según mis cálculos, tardaría más de tres horas en ser declamado, incluso a un ritmo vertiginoso. No obstante, no deja de ser un valioso documento de un particular encuentro cara a cara entre súbdito y emperador y de las palabras

pronunciadas en esa ocasión. Más aún, es casi una descripción del trabajo que supone ser emperador romano.

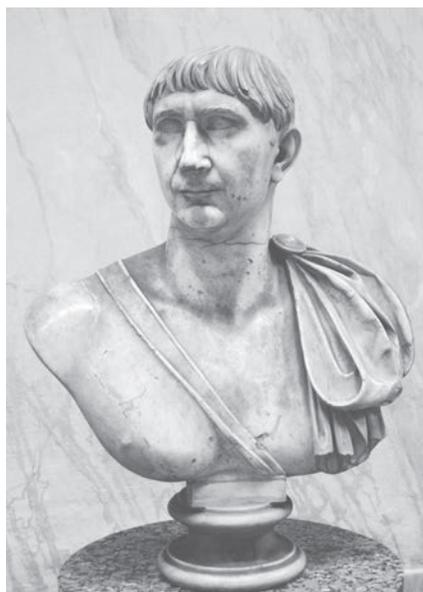
Los lectores modernos consideran que este elogio adulador, desbordante y prolijo dirigido a Trajano es un aspecto tan insufrible de la autocracia romana como todas aquellas historias de caprichosa crueldad o lujo pervertido. Cada página del *Panegírico* aporta una nueva hipérbole: el emperador, proclama Plinio, es un modelo de perfección; una combinación inspiradora de «seriedad y buen humor, autoridad y benevolencia, poder y amabilidad»; un ídolo para sus devotos súbditos, que acuden a toda prisa, con sus pequeños en los hombros, para alcanzar a verlo de refilón; un estímulo único para la tasa de natalidad romana, por la sencilla razón de que nadie duda en traer niños a un mundo bendecido por un gobernante tan benevolente. Cuán diferente, insiste, del monstruoso emperador Domiciano, asesinado pocos años antes, en el 96 e. c., que se agazapaba en su sangrienta guarida, se atiborraba en sus sofisticados banquetes con platos más que ingeniosos y celebraba «pretendidas» victorias militares que, en realidad, no había ganado: «una terrible arrogancia en el rostro, ira en sus ojos y una palidez femenina en su carne». (Los paralelismos —en falsedad, afeminamiento y cocina— con las historias de Heliogábalo son evidentes.) Comparadlo con Trajano, insta Plinio, un emperador que se distingue por su acogedor palacio libre de crímenes, sus sencillas cenas, su auténtico historial de guerras y su fuerte constitución (con un toque de cabellos canosos que añaden mayor autoridad). «Así como los gobernantes del pasado», prosigue el adulador, «habían dejado de usar las piernas y eran trasladados por encima de nuestras cabezas sobre los hombros y espaldas de esclavos, a ti, tu propio prestigio, tu gloria, la devoción de tus ciudadanos y la libertad te transportan mucho más arriba que a ellos». Puede que no nos sorprenda que un crítico moderno haya descartado sin ambages el discurso entero afirmando lo siguiente: «Ha caído, merecidamente, en el desprecio casi universal».

Hoy en día, en general, somos menos sensibles a los matices del elogio de lo que lo fueron las generaciones anteriores. No

obstante, en el caso del agradecimiento de Plinio, deberíamos reprimir parte de nuestro «desprecio». El discurso es más complicado de lo que puede parecer a simple vista. Para empezar (aunque eso no te predisponga a favor), lo que se anuncia como un elogio al emperador es también un elogio al propio Plinio. Por ejemplo, este parlamento nos muestra la relación tan cercana que Plinio tenía con su querido amigo Trajano (de hecho, hasta el extremo de besarse) y nos permite compartir la familiaridad de sus largas veladas juntos en palacio, sus cenas sin pretensiones y el gozo de sus afables conversaciones. Se nos obsequia también con ejemplos virtuosos de la pericia del propio Plinio (algunas páginas sobre las complejidades del impuesto sobre la herencia, del que tenía un conocimiento muy minucioso, son especialmente complicadas para el lector moderno). El *Panegírico* es una reivindicación del estatus del propio Plinio frente al emperador y al resto de los senadores.

Sin embargo, más concretamente, incrustadas en la adulación hay algunas lecciones para que el emperador las tenga en cuenta. Cuando Plinio llega a la parte de los agradecimientos, no hay mejor manera de influir en el comportamiento de un hombre que alabarlo por las cualidades que tú quieres que tenga, tanto si las tiene como si no. Es en este sentido que el *Panegírico* proporciona una detallada descripción del trabajo que corresponde al cargo de emperador, redactada por un destacado miembro de la élite romana. Bajo las alabanzas superficiales ofrece instrucciones de cómo ser un buen gobernante. Las virtudes imperiales otorgan a la historia un sabor menos picante que los vicios, y celebrar las cualidades de un autócrata benevolente no suena sincero para el público moderno. Pero vale la pena prestar atención a la descripción del puesto que hace Plinio, como contrapeso a las terroríficas y fantásticas historias del poder imperial.

Plinio enumera todo un abanico de requisitos específicos. Su emperador ha de ser generoso: debería proporcionar placer a su pueblo mediante los espectáculos, y apoyo práctico mediante la comida y el dinero. Ha de construir monumentos públicos para



7 y 8. En estas esculturas aparecen retratados el héroe y el antihéroe del *Panegírico* de Plinio —Domiciano a la izquierda y Trajano a la derecha— y ambos ofrecen una imagen muy similar. Pese a su célebre calvicie, Domiciano aparece con una buena cabellera (a menos que lleve peluca).

el bien común, no para su propia comodidad o autocomplacencia. Ha de conquistar en la guerra. En un escabroso fragmento, Plinio, el administrador que fácilmente puede quedar sepultado bajo los detalles de la tributación, y cuyo breve servicio militar estuvo alejado de la acción enemiga, alaba al emperador cuyos logros consisten «en campos de batalla repletos de gigantescos montones de cadáveres y mares teñidos de sangre». Presenta también principios más generales para guiar la conducta del emperador. Ha de ser transparente, renunciando a apuntalar su posición con falsas pretensiones y falsos logros. Para Plinio, los «malos» emperadores hacían trampas incluso cuando cazaban por diversión, cobrándose piezas que previamente habían sido acorraladas para que ellos pudieran disparar. Y recurriendo a una frase que revela hasta qué punto estaba incrustado el lenguaje de la esclavitud en el lenguaje del poder romano, afirma que el em-

perador debe actuar como un padre para sus súbditos, no como un amo de esclavos (*dominus*), garantizando su libertad sin forzarlos a la servidumbre. Ante los senadores, debe actuar como «uno de nosotros» (literalmente, en latín, *unus ex nobis*).

Durante el resto de este capítulo sobre los orígenes y los «conceptos básicos» del gobierno de un solo hombre en Roma, las relaciones de Plinio con Trajano serán el punto de referencia. También lo será su concepción del gobernante ideal, basada en una moralidad severa y magnánima y en un elitismo estrecho de miras (ningún romano corriente sería jamás invitado a una cena cordial en palacio), aunque en ocasiones incurre en una flagrante autocontradicción. Cuando, hacia el final del *Panegírico*, Plinio le da las gracias al emperador por «ordenarnos ser libres», él mismo debió de percatarse de que, según la lógica romana, solo a los esclavos se les podía ordenar ser libres. Involuntariamente, sin duda, estaba expresando la contradicción latente en el hecho de ser ciudadano bajo un autócrata, benévolo o no.

### *El reparto de poder en la República y los orígenes del imperio*

Quando Plinio, en calidad de nuevo cónsul, se levantó para pronunciar su discurso en septiembre del año 100 e. c., Roma había estado gobernada por un emperador durante más de un siglo. No obstante, la propia ciudad tenía más de ochocientos años de antigüedad, y gran parte de este tiempo, tras una serie en gran medida mítica de siete reyes —que empezaba con el fundador Rómulo y terminaba con la expulsión de Tarquinio «el Soberbio» en torno al año 500 a. e. c.—, fue gobernada por una especie de democracia, lo que hoy en día suele denominarse República romana.

La apostilla «especie de» es importante. Sin duda, los principales cargos políticos del Estado, incluidos los cónsules en lo alto de la jerarquía, eran elegidos democráticamente por todos los ciudadanos varones, y esos mismos ciudadanos se encargaban de redactar leyes y tomar decisiones acerca de la guerra y la paz.

Pero era un sistema dominado por los ricos. Sus votos en las elecciones contaban deliberadamente más que los de los pobres, y solo ellos podían presentarse como candidatos y dirigir los ejércitos de Roma. Entretanto, el Senado, compuesto por varios cientos de antiguos cargos públicos, era la institución política más influyente del Estado. Pese a que, tanto entonces como ahora, su exacto poder formal es difícil de definir, las decisiones del Senado solían respetarse. Sería quizás más correcto llamar a este gobierno «sistema de poder compartido» en vez de calificarlo directamente de «sistema democrático». Aparte del Senado, cuyos miembros eran vitalicios, todos los cargos políticos estaban restringidos temporalmente y se ejercían solo durante un año, y siempre de forma conjunta. Siempre había dos cónsules en el cargo. El siguiente puesto de la jerarquía lo ocupaban los «praetores», responsables de la administración de la ley, entre otras cosas. Estos magistrados fueron aumentando gradualmente en número, de modo que acabó habiendo dieciséis «praetores» cada año. No se trataba tan solo de crear más funcionarios para poder lidiar con una carga de trabajo cada vez mayor, aunque esto también influía. El principio subyacente de la República era: nunca tuviste el poder por mucho tiempo, y nunca solo.

Este era el sistema de gobierno bajo el que Roma forjó su imperio —muchos años antes de tener emperador— y dominó gran parte de lo que hoy es Europa y más allá: «tiñendo los mares de sangre», como lo expresó Plinio. Siempre se ha debatido sobre qué les impulsó a ello y por qué tuvieron un éxito tan sorprendente en sus conquistas, sobre todo durante su principal período de expansión entre los siglos II y I a. e. c. El historiador griego Polibio, del siglo II, ya se preguntaba cómo era posible que Roma, un pueblo corriente del siglo V del centro de Italia, hubiera llegado a dominar la mayor parte del Mediterráneo en unos pocos cientos de años.

Es muy fácil atribuir este éxito al militarismo y a la agresividad de los romanos, o a su mayor disciplina y pericia en el campo de batalla. Por supuesto, eran militaristas, pero también lo eran la

mayoría de los pueblos que conquistaron. Por otro lado, los romanos tenían sus flaquezas en las destrezas de combate; al principio, por ejemplo, carecían de habilidad en las batallas navales, hasta el extremo de ser motivo de chanza. La mejor explicación (o suposición) es que, de alguna manera, la agresividad y el militarismo se combinaban con un *ethos* altamente competitivo entre la élite romana en su anhelo de gloria militar, con recursos casi ilimitados de efectivos a su disposición una vez controlada gran parte de Italia y, muy probablemente, con el factor «suerte». Todo ello redundó en una extensa, rápida y violenta expansión imperial. No obstante, seguimos ignorando en gran medida cómo se combinaron exactamente estos elementos y cuáles fueron los factores realmente decisivos.

Lo que sí se sabe es que estas series de conquistas tuvieron un efecto casi revolucionario en la política de Roma, además de las consecuencias obvias para las víctimas. En parte, las alteraciones políticas se debieron a los enormes beneficios del imperio, que destruyeron la teórica igualdad entre los miembros de la élite que compartían el poder, una igualdad que, hasta entonces, había mitigado su rivalidad competitiva. Sin embargo, en el caso de los comandantes, las guerras generaban fortunas personales, sobre todo las que se libraban contra los reinos del Mediterráneo oriental, y esto provocó que en la cúspide de la sociedad romana se creara una brecha cada vez mayor entre una minoría de «grandes hombres» de éxito y el resto. Cuando uno de estos grandes hombres, el magnate Marco Licinio Craso, señaló que no podía considerarse rico ningún hombre que no pudiese reclutar un ejército con su propio dinero, puso de manifiesto el nivel de riqueza que manejaban unos pocos afortunados (él mismo había heredado una fortuna y acumuló otra con la especulación inmobiliaria). Pero también se dio cuenta del uso que se le podía dar a esta riqueza. Como se vio después, nada de esto redundó en su propio beneficio. Fue asesinado en el año 53 a. e. c. en lo que prometía ser una lucrativa campaña contra el Imperio parto (que se extendía al este de la moderna Turquía), y, presuntamente, su cabeza cercenada

terminó usándose como sangriento accesorio en la representación de una tragedia griega en una boda real parta.

De igual importancia eran las presiones que ejercía el creciente territorio imperial sobre las estructuras del poder compartido del gobierno republicano de Roma. Tradicionalmente, los cargos electos que se encargaban de las cuestiones internas de la ciudad se ocupaban también de los asuntos exteriores, ya fuera al mando de las legiones en primera línea de guerra, ya «manteniendo la paz» o resolviendo problemas. Para empezar, los romanos no perseguían la intervención ni el control directo de los territorios conquistados, más allá de recaudar impuestos, explotar los recursos locales (como las minas de plata de Hispania) y salirse con la suya cuando les apeteciera. Pero, aun así, las diferentes funciones eran cada vez más difíciles de encajar en el marco de los cargos compartidos anuales y temporales. Después de todo, podían transcurrir meses de un cargo anual antes de que un hombre llegase desde Roma a un lugar conflictivo en la frontera del imperio.

Los romanos, que no estaban ciegos ante esta realidad, llevaron a cabo varios ajustes. Por ejemplo, los titulares de los distintos cargos empezaron a servir en puestos de ultramar durante un período de tiempo adicional, después de haber cumplido su año en Roma. Pero, de todos modos, las crisis generadas por el imperio a veces requerían soluciones más radicales. Si se quería, supongamos, limpiar el mar Mediterráneo de «piratas» (término que para los antiguos era algo parecido a «terroristas»), había que dotar de autoridad y recursos a un único comandante durante un plazo de tiempo potencialmente largo, cosa que incumplía los principios tradicionales de poder temporal compartido de los cargos romanos. En otras palabras, el imperio fue destruyendo gradualmente las peculiares estructuras de gobierno que habían posibilitado su existencia desde el principio y allanando el camino hacia el gobierno de un solo hombre. El imperio creó a los emperadores, no al revés.

## *Precuelas de la autocracia*

A lo largo de la primera parte del siglo I a. e. c., Roma fue testigo de una serie de precuelas de la autocracia. Uno de los hombres clave de la década de los años 80, Lucio Cornelio Sila, entró en Roma con su ejército, se nombró a sí mismo «dictador» e impuso un programa de reformas políticas conservadoras, antes de dimitir dos años después y morir en la cama. Según se dice, falleció por una desagradable enfermedad terminal, pero quizás tuvo un final mejor del que merecía, dados los escuadrones de la muerte que había soltado por la ciudad. Solo una década después, Gnaeus Pompeius Magnus (Pompeyo Magno) estuvo al borde de alcanzar el poder en solitario, aunque de un modo ligeramente más sutil. Recibió el encargo, mediante el voto de los ciudadanos, de deshacerse de los piratas; para ello, contaba con un enorme presupuesto y con una autoridad que lo situaba por encima de todos los demás funcionarios en el Mediterráneo oriental por un período de tres años. (En realidad, necesitó tan solo tres meses, pero prosiguió con un mandato todavía más prolongado, un presupuesto mayor y una mayor cuota de poder, con el fin de enfrentarse a otros enemigos de Roma.) Consiguió ser nombrado cónsul en solitario, sin ningún colega, algo que hoy puede parecernos insignificante, pero que suponía una flagrante vulneración de los principios republicanos. Invirtió dinero en grandes edificios públicos en la propia Roma, igual que hicieron los posteriores autócratas, y esporádicamente vio su propia imagen en monedas acuñadas en ciudades de fuera de Italia, algo que en la antigüedad, y todavía hoy, constituye un indicador clave de poder monárquico.

No obstante, el punto de inflexión llegó a mediados del siglo I a. e. c. con Julio César, que estuvo en la cúspide entre la especie de democracia de Roma y el gobierno de los emperadores. La carrera de César empezó de forma harto convencional para un miembro de la élite romana, a pesar de que autores posteriores conjeturan que desde una edad temprana albergaba secretamente ambiciones desmesuradas. Una historia apócrifa lo imagina,

a sus treinta años, mirando compungido la estatua de Alejandro Magno (de quien Pompeyo tomó prestado su nombre, «Grande o Magno») y lamentando su lento inicio en comparación con el precoz rey macedonio. No obstante, tras dirigir una campaña militar enormemente exitosa (y sorprendentemente brutal) en la Galia, y tras conseguir que su comandancia se ampliara durante ocho años ininterrumpidos, siguió el ejemplo de Sila. En el 49 a. e. c., marchó sobre Roma con su ejército «cruzando el Rubicón», que entonces marcaba el límite entre la Galia e Italia, y pronunciando la archiconocida frase *Alea iacta est* para indicar que «cruzaba el punto de no retorno». En la guerra civil subsiguiente, sus enemigos estaban comandados por Pompeyo, que ahora, para variar, desempeñaba el papel de conservador tradicionalista y que terminó decapitado en las costas de Egipto, donde buscaba refugio. César utilizó esta victoria para tomar efectivamente el control exclusivo del gobierno romano. El Senado lo nombró «dictador», y en el año 44 se convirtió en «dictador a perpetuidad».

En cierto modo, sin embargo, César todavía dirige la mirada hacia la República. Su carrera había comenzado en el marco tradicional de los cargos electos de corta duración. Incluso su «dictadura» tenía por lo menos tenues vínculos con un cargo temporal antiguo concebido para gestionar emergencias públicas, aunque, desde Sila, el término había adquirido un significado cada vez más parecido al actual. Por esta razón, muchos historiadores tienden recientemente a tratar a César como el último aliento del viejo orden. Ya en el siglo II e. c., el biógrafo Suetonio (de nombre completo, Cayo Suetonio Tranquilo), que estaba redactando las *Vidas* de los primeros doce emperadores romanos, decidió empezar con Julio César, el principal fundador de la dinastía imperial. Y no le faltaba razón, porque todos los gobernantes romanos que le siguieron adoptaron el nombre de «César», hasta entonces un apellido romano corriente, como parte de su propia titulación oficial (una tradición que se ha perpetuado hasta los modernos káiseres y zares). Y este es el título que usó Plinio para dirigirse al emperador en su discurso de agradecimiento: no lo llamó «Trajano», sino



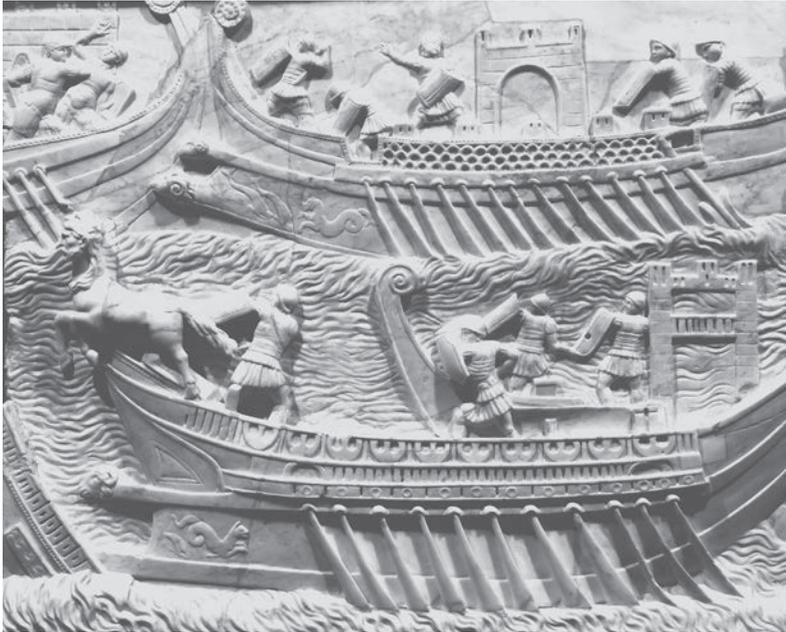
9. Una moneda con la efigie de César acuñada justo antes de su asesinato en el año 44 a. e. c. Detrás de la cabeza aparecen los símbolos de su condición de Sumo Sacerdote (un cazo y un bastón ceremonial); delante está su nombre CAESAR IM<P> – de IMPERATOR (véase p. 62).

«César» (de hecho, recurre a este término más de cincuenta veces, mientras que solo una vez lo llama «Trajano»).

Es fácil comprender por qué a César se le adjudicó este papel de fundador. Aunque no transcurrieron ni cuatro años entre su victoria sobre Pompeyo y su propia muerte en el año 44 a. e. c. (y aunque apenas permanecía más de un mes seguido en la ciudad porque tenía que aplacar otros focos de la guerra civil en el exterior), César consiguió cambiar el rostro de la política romana de forma tan radical y polémica que sentó las bases para los emperadores posteriores. Como ellos, controlaba las elecciones de los altos cargos y nombraba a candidatos que, después, simplemente recibían el visto bueno de los votantes. Si Pompeyo se había conformado con que su efigie apareciera en las monedas acuñadas en el extranjero, César quiso que también apareciera en las acuñadas en Roma (fue el primer romano vivo que lo consiguió), y se lanzó a inundar la ciudad y el mundo exterior con su imagen en cantidades nunca vistas antes: se elaboraron cientos de retratos, si no miles. Además, ejerció un poder sin precedentes en nuevos ámbitos, al parecer con desenfreno. El irónico chiste de Cicerón de que las estrellas del firmamento estaban obligadas a obedecerle era una referencia a su osada reforma del calendario romano, que modificaba la duración del año y de los meses, y, en efecto, introducía el «año bisiesto», tal como hoy lo conocemos. Solo los autócratas todopoderosos —o, como en la Francia del siglo XVIII, las camarillas revolucionarias— pretenden controlar el tiempo.

César estableció también una pauta para el futuro por la forma en que murió, asesinado en el año 44 a. e. c., poco después de haber sido nombrado «dictador a perpetuidad». Su muerte se convirtió en una advertencia para sus sucesores y en un modelo para el asesinato político que ha durado hasta nuestros días. (John Wilkes Booth eligió la fecha del asesinato de César —«los idus de marzo», el día 15 del mes según nuestro calendario— como palabra clave cuando planificó el asesinato de Abraham Lincoln en 1865.) La verdad es que, gracias a William Shakespeare y a otros, los asesinos de Julio César han recibido un trato más bien condescendiente por parte de la historia. Los autores del asesinato fueron, previsiblemente, un grupo mixto, formado por algunos idealistas defensores de la libertad y por individuos descontentos, egoístas y deseosos de poder; entre todos, emboscaron y mataron al dictador durante una reunión del Senado, dejándolo muerto frente a la estatua de Pompeyo. Marco Junio Bruto, que, en la obra de Shakespeare, *Julio César*, aparece caracterizado como un honorable patriota, fue probablemente uno de los más egoístas e interesados de la camarilla. Contaba con un abominable récord en cuanto a explotación de personas en el Imperio romano. Es tristemente notorio que prestó dinero a una ciudad de Chipre a un 48 % de interés, cuatro veces más que el máximo legal, e hizo que sus agentes bloqueasen la cámara consistorial para recuperar lo que se le debía, matando de hambre a cinco concejales durante el proceso. Y, dos años después del asesinato de César, pese a su oposición a la monarquía, hizo representar su propia efigie en las monedas que acuñó para pagar a sus tropas.

Es más, el éxito de los asesinos a la hora de eliminar a su víctima (lo que a menudo es la parte fácil) se vio ensombrecido porque nadie había planificado lo que había que hacer a continuación. Tras la muerte del dictador, hubo una guerra civil que duró una década, y lo primero que hicieron los partidarios de César fue lanzarse sobre sus asesinos, y después unos contra otros. Hacia el año 31 a. e. c., el enfrentamiento se había reducido a dos bandos: por un lado, el secuaz de César, Marco Antonio, que aho-



10. Fragmento de un relieve de mármol del siglo I e. c., hallado en Italia, que representa la batalla de Accio. El barco que está en primer plano lleva en la proa la imagen de un centauro (mitad hombre, mitad caballo), lo que indica que forma parte de la flota de Marco Antonio y Cleopatra.

ra tenía una alianza (y algo más) con la célebre reina Cleopatra de Egipto; y por el otro, el sobrino nieto de César, Octaviano, que se había convertido oficialmente en su hijo mediante una adopción póstuma en el testamento de César (una práctica romana harto común). La batalla final se libró en el mar, frente a la costa del norte de Grecia, cerca del promontorio de Accio, justo al sur de la isla de Corfú. La batalla de Accio, tal como se la conoce, fue celebrada por todo lo alto en la propaganda posterior como una victoria heroica y decisiva de Octaviano y como el comienzo glorioso de una nueva era. De hecho, se ganó más por deserción y deslealtad que por heroísmo. Los planes de batalla de Marco Antonio fueron filtrados al enemigo por uno de sus generales y, según la reconstrucción más plausible, Cleopatra regresó a Egipto con sus

naves y su tesoro, casi antes de empezar la batalla, seguida inmediatamente por Marco Antonio. Todavía se debate hoy hasta qué punto fue ignominiosa la partida, pero muchos autores antiguos estaban dispuestos a presentar a Cleopatra como una reina cobarde que no fue capaz de soportar la presión y simplemente se largó. Fuera cuales fuesen las circunstancias, Octaviano quedó como único líder del mundo romano y futuro emperador de Roma. Dicho de otro modo, los asesinos, aunque indirectamente, propiciaron aquello contra lo que pretendían luchar: el gobierno permanente de un solo hombre.

### *El nuevo atuendo del emperador*

El historial de Octaviano durante los conflictos que siguieron a la muerte de Julio César se halla a medio camino entre lo ilegal y despiadado y lo sorprendentemente sádico. En el 44 a. e. c., con tan solo diecinueve años, reclutó lo que acabaría siendo su milicia privada e inició un reinado de terror en Italia con la colaboración de Marco Antonio, que fue su aliado durante un tiempo. De común acuerdo recurrieron a una serie de asesinatos oficialmente patrocinados, con el triple objetivo de castigar a los enemigos de César, saldar cuentas pendientes y recaudar dinero con la venta de las propiedades de las víctimas. La propaganda hostil aseguraba que en una ocasión Octaviano le sacó los ojos a un enemigo con sus propias manos. Uno de los mayores enigmas de la historia de Roma es cómo consiguió transformar su imagen de joven matón para pasar a ser visto como un estadista responsable y como el padre fundador de un sistema de gobierno que (para bien o para mal) duraría siglos. En todo caso, esta transformación y este cambio de imagen estuvieron ligados a un astuto cambio de nombre.

En el año 27 a. e. c., pocos años después de la derrota final de Marco Antonio y Cleopatra, y tras su regreso a Roma, Octaviano recibió —a petición propia, presumiblemente— el nombre de «Augusto». Varios relatos antiguos aseguran que había coquetea-

do con adoptar el nombre de «Rómulo», como homenaje al legendario fundador de la ciudad de Roma, pero lo convencieron de que era preferible no hacerlo porque dicho nombre tenía connotaciones incómodas (después de todo, Rómulo, al matar a su hermano Remo, fue también el legendario fundador de la guerra civil romana). «Augusto» era más inocuo: un nombre inventado, totalmente nuevo y convenientemente impreciso, que significaba algo así como «El Venerado». Funcionó. Los futuros emperadores romanos incluirían en su titulación ambos nombres, «César» y «Augusto». El calendario occidental todavía evoca esos títulos con el nombre de julio (de *Julio* César) y agosto. Los antiguos meses romanos de Quinctilis y Sextilis cambiaron de nombre en honor de los dos estadistas y, más de dos mil años después, ese homenaje mantiene su vigencia.

Los grandes cambios constitucionales resultan casi siempre más engorrosos en el mismo momento en que se producen que cuando los miramos retrospectivamente. Desconocemos por completo los planes que había trazado Augusto cuando regresó a Roma, pero es muy probable que solo pretendiera meterse en la piel de Julio César y evitar al mismo tiempo su sombrío destino. Las historias de que el nuevo gobernante llevaba una coraza debajo de la toga —un atuendo voluminoso, caluroso e incómodo— nos revelan su temor a ser asesinado. Tan solo podemos intuir las dudas que pudo haber tenido (los autores romanos sugieren que había ocasiones en las que se planteaba abandonar por completo el gobierno de un solo hombre) o las brillantes ideas que finalmente quedaron en nada, o fueron violentamente contestadas y convenientemente olvidadas. Ni siquiera entendemos del todo cómo decidió Octaviano/Augusto definir su propia posición en el Estado.

Hoy en día hablamos de emperadores romanos remontándonos a la palabra latina *imperator* o «comandante», un antiguo título romano que se concedía a los vencedores militares y que también se otorgó, de forma automática, a Augusto y a sus sucesores (tanto si habían sido realmente victoriosos como si no). No obs-

tante, había una serie de alternativas, con diferentes matices, que o bien se adoptaron gustosamente o se evitaron. Era menos probable que un «emperador» romano se refiriera a sí mismo como *imperator* que como *princeps*, origen de nuestro «príncipe», cuyo significado en latín era tan solo «líder». Sin embargo, «rey» (o *rex*) era un asunto más complicado. En la mitad oriental del imperio, donde se hablaba más griego que latín, a los emperadores se les llamaba normalmente «reyes» (*basileis* en griego). No obstante, eso no ocurría en Roma, porque los romanos se enorgullecían de haberse deshecho de sus reyes legendarios siglos atrás, y no tenían la menor intención de volver a acoger a semejantes tiranos. Desde el principio, la mayoría de los emperadores se empecinaban en recalcar a su público local que, fueran lo que fuesen, no eran reyes (otro motivo por el que Octaviano se distanció del nombre de «Rómulo», que fue el fundador de Roma, pero también el primer rey). Sin embargo, esto no impidió que algunos críticos de la antigüedad se mostraran escépticos y se preguntaran si en realidad había alguna diferencia, más allá de las apariencias, entre un *princeps*, *imperator* o *Caesar* y un *rex*. En el siglo II e. c., Tácito comienza sus *Anales*, en los que traza la historia de los primeros emperadores, con estas sombrías palabras: «Desde el inicio, Roma ha estado gobernada por reyes».

Todos los historiadores del mundo romano que miraron retrospectivamente, con escepticismo o no, hacia el reinado de Augusto dieron por sentado que el joven estadista se guió por alguna clase de plan maestro. Tanto si escribieron un par de décadas después como si lo hicieron un par de siglos más tarde (no se ha conservado ningún relato sustancial estrictamente coetáneo), decidieron ocultar el confuso proceso de improvisación que subyacía a la imagen dominante de un padre fundador que establece un nuevo régimen autocrático para el futuro. Dion Casio, en cuya ingente historia de Roma se narran los intentos de Heliogábalo por cambiar de género, dedicó un libro entero de sus ochenta volúmenes (que viene a ser aproximadamente la longitud de un capítulo moderno) a un debate formal en el que el nuevo gober-

nante decidía cómo gobernaría el Estado. En este debate imaginario, que supuestamente habría tenido lugar un par de años antes de que Octaviano pasase a llamarse Augusto, aparecían dos de sus amigos comparando los méritos de la democracia y la autocracia (las virtudes de la igualdad frente al gobierno de los mejores) y considerando los pros y los contras del gobierno de un solo hombre, que, por supuesto, llevaba las de ganar. Estos aspectos abarcan desde la planificación económica y la necesidad de tener buenos consejeros (y asegurarse de que no sean demasiado jóvenes) hasta las inquietudes personales del gobernante, la amenaza de una conspiración y las necesarias prevenciones contra la adulación insidiosa y corruptora. Es una instantánea harto reveladora de cómo un senador como Dion, a comienzos del siglo III e. c., podía evaluar un gobierno imperial, que Plinio, cien años antes, habría podido reconocer al momento. Sin embargo, en calidad de relato de cómo empezó en realidad el gobierno de un solo hombre es una fantasía.

Probablemente nunca consigamos reconstruir al detalle las improvisaciones, los cambios de opinión y los giros radicales con los que Augusto y sus amigos y colegas acabaron definiendo el papel que desempeñaría el emperador en un nuevo sistema de gobierno. Obviamente, no estaban reinventando la rueda, y es muy probable que hubieran leído las definiciones hechas por los antiguos filósofos acerca de la realeza y los reyes, buenos y malos, aunque no podemos saber hasta qué punto prestaron atención a eso.

No obstante, gracias a una de esas extraordinarias y afortunadas supervivencias de la antigüedad, sí tenemos una visión retrospectiva de «Lo que hice» salida de la pluma del propio emperador. Se trata de una breve «exposición» o «manifiesto», de unas doce páginas modernas más o menos, escritas inmediatamente antes de su muerte en el año 14 e. c., a la edad de setenta y cinco años, conservadas en piedra e inscritas en las paredes de un antiguo templo romano en la actual Turquía.

## *Lo que hice*

Han llegado hasta nosotros varios libros escritos por dirigentes romanos. Los relatos en los que César justifica sus campañas en la Galia y su guerra civil contra Pompeyo, por ejemplo, circularon por la antigua Roma, se copiaron durante la Edad Media y se conservaron hasta convertirse en libros de texto escolares en el mundo moderno. Algo parecido ocurrió con los *Apuntes para sí mismo* de Marco Aurelio y con los escritos del emperador Juliano del siglo iv, que todavía llenan varios volúmenes. Las obras de Juliano incluyen, junto a una teología pagana francamente recalcitrante, una deliciosa e irónica sátira en la que caracteriza de forma hilarante a sus predecesores en el trono, desde Heliogábalo hasta el propio Augusto, quien es descrito, significativamente, como un viejo «camalectón»: voluble, taimado y difícil de definir.

La composición de Augusto de *Lo que hice* (*Res Gestae* en latín) tiene una historia muy diferente, porque la escribió para ser exhibida públicamente, grabada en dos pilares de bronce en el exterior de su tumba cerca del centro de Roma. Aquellos pilares, con su inscripción, fueron fundidos hace ya mucho tiempo, probablemente reciclados en armamento medieval. Pero la composición fue ampliamente copiada, y el texto reconstruido que ha llegado hasta nosotros procede en gran parte de la versión casi completa hallada en Ankara, tallada en las paredes de un templo tanto en latín como en griego (pensando en un público local de habla griega), y con las letras originalmente resaltadas en pintura roja brillante para que destacasen. Ya desde el siglo xvi habían aparecido grandes fragmentos, pero el texto completo se mostró por primera vez en la década de 1930, bajo el patrocinio de Kemal Atatürk, fundador de la moderna República de Turquía, para conmemorar el dosmilésimo aniversario del nacimiento de Augusto. Poco después volvió a ser copiado por orden de Benito Mussolini, el dictador fascista italiano, que pretendía presentar al emperador como antepasado suyo. Hizo inscribir una versión latina completa con letras de bronce en el muro exterior de un

nuevo museo que había construido, con vistas a la tumba de Augusto. Y allí sigue todavía, para que todo el mundo la vea.

La *Res Gestae* es una narración en primera persona implacablemente egocéntrica, «Yo hice esto...», «Yo hice aquello...»; los pronombres de primera persona, «yo», «me», «mío», se repiten unas cien veces en el breve texto moderno. No es una lectura apasionante ni una autobiografía reflexiva. De hecho, a simple vista, parece tan solo un árido registro de «logros» mezclado con ocasionales y equívocos eufemismos. Los terribles crímenes de las guerras civiles se obvian con palabras evasivas («Yo liberé al estado oprimido por el poder de una facción» es la referencia más cercana que encontramos de los pogromos iniciados por Augusto). Varias páginas están monopolizadas por listas: del dinero gastado, de los espectáculos ofrecidos, de los templos restaurados, de los recuentos de población o de los enemigos sometidos. No obstante, hay algo más de lo que se capta a simple vista. No cabe duda de que el documento es un relato escueto, retrospectivo y sesgado de los más de cuarenta años del emperador en el poder. Sin embargo, como sugiere su exhibición pública, tenía también por objetivo servir de pauta para el futuro, a modo de lección de lo que un emperador debería ser. En otras palabras, como el discurso de agradecimiento de Plinio, era también una «descripción del cargo».

No es de extrañar que ambos textos se superpongan en gran medida, porque Plinio debió de tener presente la obra de Augusto. Más allá de la aburrida lista de hechos y cifras de *Lo que hice*, destacan tres requisitos que ha de cumplir un emperador, como también ocurre en el *Panegírico* de Plinio: ha de conquistar, ha de ser un benefactor y ha de patrocinar nuevas construcciones o restaurar las que se hayan deteriorado. Se hace referencia a tierras añadidas al dominio romano «donde ningún romano ha estado jamás» y a reyes extranjeros que han jurado lealtad, por no mencionar los alardes de masacres que casi rivalizan con los mares teñidos de sangre de Trajano. Se habla de las ingentes donaciones de Augusto al pueblo (o sobornos, como algunos debieron de considerarlas), en forma de espectáculos, vino, trigo y dinero en

efectivo a cientos de miles de ciudadanos, en cantidades equivalentes a varios meses del salario de una persona corriente. Por último, y ocupando un puesto sin duda prominente en los pilares de bronce originales, estaban los detalles de todos los suntuosos proyectos constructivos y de restauración de Augusto: desde nuevos y relucientes santuarios, pórticos y plazas hasta la remodelación de acueductos y teatros. Se menciona incluso que, en el año 28 a. e. c., se acondicionaron «ochenta y dos templos de los dioses en la ciudad... sin descuidar ninguno que necesitase una reparación». «Ochenta y dos templos» era una cifra no muy alejada de la suma total de todos los templos que había en Roma. Sospecho que no requerirían más que una mano de pintura, pero sin duda todo ello formaba parte de una campaña posterior a la guerra civil: «Hagamos que Roma vuelva a ser grande».

A partir de entonces, los emperadores no cesaron de erigir sus propios espacios en el tejido de la ciudad. Los lugares ceremoniales y públicos (y no me refiero a los barrios y viviendas pobres en los que vivía la inmensa mayoría del millón de habitantes de Roma) llevaban las marcas, en cemento y mármol, de un gobernante tras otro. A veces se trataba de una exhibición pomposa y competitiva. La columna de Trajano, por ejemplo, un monumento triunfal que garantizaba el máximo impacto en una superficie mínima, fue superada medio siglo después por la columna del emperador Marco Aurelio, casi cinco metros más alta. Un siglo antes, se dice que el propio Augusto presumió de haber encontrado a Roma como una «ciudad de ladrillo» y haberla convertido (parcialmente) en una «ciudad de mármol». Este desarrollo arquitectónico solía formar parte de un proyecto mucho más importante: reconfigurar el paisaje urbano en torno a la idea del emperador, hacer que su presencia pareciera inevitable e incluso «natural».

No hay mejor ejemplo de ello que el flamante templo de Marte «el Vengador», mencionado en *Lo que hice*, que era la obra central del nuevo «Foro de Augusto». Aquí Marte, el dios de la guerra, era venerado por «vengar» el asesinato de Julio César y la desastrosa batalla contra los partos en el año 53 a. e. c., en la

que Craso perdió literalmente la cabeza. Como sabemos por las descripciones romanas y por los restos que todavía quedan en el lugar, la enorme plaza frente al edificio del templo (el «Foro») estaba flanqueada por más de cien estatuas. Algunas representaban a los distintos fundadores míticos de la ciudad, incluido Rómulo. Otras conmemoraban a los «grandes hombres» de la República, desde los héroes nacionales que habían salvado a Roma de Aníbal, hasta Sila el dictador e incluso Pompeyo, el enemigo de César. En el centro de la explanada delantera, dominando la escena, se erguía la estatua del propio Augusto, de pie en un carro dorado. La conclusión era obvia: los conflictos políticos de épocas pasadas ya no importaban (después de todo, incluso Pom-



11. Restos del templo de Marte «el Vengador», punto central del Foro de Augusto. En él estaban custodiados los estandartes militares que Craso perdió en el año 53 a. e. c., tras ser derrotado por los partos en la batalla de Carras (p. 54), y que Augusto recuperó gracias a la diplomacia, no mediante una victoria militar.

peyo era bien recibido en la alineación de héroes), y la historia entera de Roma había conducido hasta Augusto.

Los numerosos retratos del emperador erigidos en bronce y mármol por toda Roma tenían un objetivo similar. De Augusto se hicieron decenas de miles (véase el capítulo 9), de los que todavía se conservan más de doscientos, además de los millones de monedas con su efigie que tintineaban en los bolsillos y monederos de los romanos. Esto superaba de lejos la pauta que Julio César había establecido en su corto tiempo en el poder, y significaba que, en el mundo romano, era casi imposible desarrollar una actividad en la vida pública, ya fuera urbana o comercial, sin toparse diariamente cara a cara con la imagen del emperador. Otra cuestión es si la mayoría de la gente de fuera de Roma sabía exactamente quién era Augusto, o si podía asignar el nombre correcto al rostro correcto en una alineación de estatuas imperiales. En cualquier caso, «el emperador» como cabeza visible era omnipresente. El propio texto de *Lo que hice* es, sin duda, un aspecto más de lo que estamos comentando. Con toda probabilidad, las personas que fueron capaces de asimilar todos estos hechos y cifras fueron relativamente pocas (y menos aún las que pudieron leerlos, dado que la mayoría de los habitantes eran analfabetos). Sin embargo, el mero acto de copiar y exponer estas palabras sirvió para inscribir literalmente a Augusto en el paisaje urbano de Roma y de su imperio.

### *Lo que no dije*

A pesar de su detallada lista de logros, Augusto es bastante comedido en su *Res Gestae* acerca de las duras medidas políticas que apuntalaron a su propio gobierno y establecieron las pautas para sus sucesores hasta el siglo III e. c. Casi con toda seguridad, esta lógica política no respondía a un plan cuidadosamente elaborado de antemano, pero sí podemos reconstruir dos importantes principios de poder que se desarrollaron a lo largo de su reinado.